

MEMORIAS POLÍTICAS DE ANTONIO I. VILLARREAL

RESUMEN DE 30 AÑOS DE VIDA POLÍTICA

Fue novelesca la manera en que hizo
su narración a *La Opinión*

José C. Valadés explica a los lectores
cómo pudo realizar su trabajo

Ciudad de México, noviembre de 1935.— A veces, a bordo de un automóvil, en otras ocasiones, en el humilde cuarto de una casa de huéspedes en el distrito comercial de la Ciudad de México; semanas más tarde, en un cafetín de barrio; una noche, a la mesa en un elegante restorán; por fin, sentado en una banca en el Paseo de la Reforma, he escuchado del general don Antonio I. Villarreal los recuerdos de sus treinta años de vida política.

Era por los días en que el general José Juan Méndez, jefe de la Policía del Distrito Federal, buscaba empeñosamente al general Villarreal, cuando yo me reunía con éste para escuchar intensos capítulos de su vida política y revolucionaria.

El deseo de conocer y de escribir para los *Periódicos Lozano* la historia del eterno rebelde me había dado cierto valor —valor que nunca he perdido— para acompañar al general Villarreal por sitios frecuentados por la policía, que le buscaba.

Las rupturas en el constitucionalismo

CÓMO DESCUBRÍ A VILLARREAL EN MÉXICO

El general Villarreal había figurado como candidato a la presidencia de la República en los comicios de 1932. Después de las elecciones, y encontrándose en Monterrey, había desaparecido misteriosamente.

No faltaba quien asegurara que Villarreal se había internado a los Estados Unidos; otra versión decía que el ex candidato presidencial estaba al frente de una partida rebelde en el estado de Durango; más tarde se dijo que residía, junto con su reducido grupo de amigos, en una hacienda del Estado de México.

Varios meses pasaron sin que se supiese a ciencia cierta en donde se encontraba el rebelde. Pero una noche topé con él en las calles de una colonia. Don Antonio, al reconocerme, abordó violentamente un automóvil y desapareció. La noticia periodística de cómo había encontrado inesperada y casualmente al ex candidato a la presidencia de la República fue publicada en los *Periódicos Lozano*.

Pasaron varias semanas. Una noche, terminaba mis labores cotidianas en la oficina de la Prensa Asociada, por cuyo hilo directo a San Antonio son transmitidas las noticias diarias, cuando un desconocido me entregó un sobre cerrado, en cuyo interior encontré un pliego en el cual estaban escritas estas cuantas palabras: “tengo declaraciones para el corresponsal de los *Periódicos Lozano*. —A. I. V.”

Como había tenido en mi poder el archivo del general Villarreal, pronto identifiqué la escritura de éste con la de la nota que recibía. El enviado del general, con mucho misterio, me dijo: “Sígame usted”.

Aunque sabía el peligro que sobre mí pesaba al ponerme en contacto con un perseguido, seguí al desconocido, quien tomó la avenida Juárez; yo iba atrás de sus pasos, a dos o tres metros de distancia. De pronto, el desconocido, me tomó del brazo y empujándome a la orilla de la acera, y sin que yo diera lugar a hacerle pregunta alguna, me hizo subir a un automóvil. Esto sucedía frente al hotel Regis, a dos cuadras de la jefatura de Policía.

No me había repuesto de la sorpresa, cuando el automóvil arrancó. A mi lado distinguí a un hombre grueso, embozado, quien tendiéndome expresivamente la mano, me dijo con voz ronca:

—¿Cómo le ha ido señor corresponsal de La Prensa de San Antonio, y de La Opinión de Los Angeles?

Este hombre era el general Antonio I. Villarreal, ex candidato presidencial y jefe de un movimiento armado.

—*Le he mandado llamar* —agregó Villarreal al mismo tiempo que descubría el rostro, no sin cierta sorna— *no sólo para entregarle unas declaraciones, sino también porque tengo ganas de que lo fusilen junto conmigo.*

La persona que piloteaba el coche y que hacía volar a éste por el Paseo de la Reforma, y el desconocido que me había entregado el recado, soltaron unas sonora carcajada.

—*General* —contesté— *tiene usted muy malos gustos...*

—*No, amigo, es que nada extraño tendría que fusilaran a un culpable jefe revolucionario con un inocente periodista...* —añadió Villarreal.

—*Por cumplir con su deber...* —interrumpí.

—*Eso lo dirá la posteridad, amigo Valadés* —dijo el general, y dirigiéndose a la persona que iba en el volante, le ordenó que detuviera el coche en donde hubiese luz suficiente para leer las declaraciones que me iba a entregar.

DESAFIANDO EL PELIGRO

El auto se detuvo a la altura de la Columna de la Independencia, y ya a la luz que despedía un farol cercano, pude ver el rostro del ex candidato a la presidencia. Villarreal estaba enfundado en una gabardina color café; llevaba una gorra calada hasta las cejas; se había afeitado los bigotes; parecía un hombre lleno de serenidad, aunque las fatigas de los últimos meses estaban bien marcadas en su rostro.

Tranquilamente, el general sacó del bolsillo varias hojas de papel y empezó a leer con su voz ronca, las declaraciones que me iba a entregar. Uno tras otro auto, se deslizaban por el Paseo de la Reforma; ninguno de sus ocupantes, seguramente, podía suponer que en aquel coche estacionado se encontraba el hombre que trataba de derrocar al régimen callista, imperante en todas sus formas.

Uno de los acompañantes del general hizo observar a éste que muy a menudo, por el Paseo de la Reforma, los motociclistas de tránsito detenían a los vehículos para identificar a sus ocupantes.

Pero Villarreal, indiferente, hizo un gesto y prosiguió la lectura del documento que había de entregarme y a cuyo final solamente comentó:

Las rupturas en el constitucionalismo

—*Supongo que es publicable. ¿No?*

Sin esperar la respuesta, me lo entregó y dirigiéndose al chofer, le ordenó que continuara la marcha.

—*¿A dónde me lleva ahora?* —le pregunté no sin cierta inquietud.

—*¿Tiene usted miedo?* —me interrogó a su vez.

—*Falta de costumbre para esta clase de entrevistas* —contesté haciendo un esfuerzo para dominar mi sistema nervioso que estaba a punto de estallar.

—*Puede que tenga usted razón... Un periodista no podrá adquirir la serenidad que adquiere un político en treinta años de lucha...* — reflexionó.

—*Treinta años de lucha... ¡qué de cosas tendrá usted que contar de esos treinta años!...* —exclamé movido por mis aficiones históricas y mi desinterés periodístico, y agregué:

—*¿Cómo fue que usted se resolvió a la batalla contra el régimen porfirista?*

Villarreal sonrió maliciosamente. El auto corría ahora por la avenida Juárez, con dirección al Zócalo. Insistí en la pregunta. El ex candidato volvió a sonreír.

ACCESIBLE

Era, por lo menos la décima vez, que hacía la misma pregunta a Villarreal. A fines de 1930, le había visitado en San Antonio, Texas, tanto por el interés de conocer a un viejo revolucionario, como tratando de que me refiriera sus memorias.

El entonces desterrado me había recibido cortésmente, negándose a hablar del tiempo pasado, debido a que, según me dijo, estaba escribiendo sus memorias. Me mostró una porción de documentos; me narró algunas anécdotas; pero no fue posible arrancarle un “sí” sobre mi petición.

Muchos meses después, había tenido la amabilidad de poner a disposición de los *Periódicos Lozano* su archivo. Los documentos más valiosos habían sido publicados; pero Villarreal seguía manteniendo en secreto los tantos y tantos episodios de su accidentada vida política y revolucionaria como había insistido en otras ocasiones. Él espontáneamente empezó:

—*Era yo maestro de escuela, cuando empecé a escribir para los periódicos de oposición en la ciudad de México...*

Cómodamente reclinado en los cojines del asiento del auto, seguía con toda atención las palabras del general Villarreal, olvidando los peligros del paseo y sin darme ya cuenta de cuáles eran las calles que seguía el vehículo.

Villarreal hablaba con voz pausada. A veces hacía un alto como para recordar mejor los incidentes de su agitada vida. Así transcurrieron tres horas, hasta que el ex candidato, me preguntó:

—*¿Recordará usted con precisión todo lo que le he referido?*

Como yo asentiera, él agregó:

—*Me parece que por más privilegiada memoria que usted tenga, no recordará todos los detalles; será preferible que haga apuntes, y esto será mañana.*

Eran poco después de las cuatro de la mañana cuando el auto se detuvo en las calles del Cinco de Mayo. Villarreal me tendió la mano, invitándome:

—*Mañana, a las ocho de la noche, llegue usted provisto de papel y lápiz a la esquina de Paseo de la Reforma y de la Avenida Insurgentes, y un amigo le indicará en donde nos veremos...*

PUNTUAL A LA CITA

Muy puntual estuve a la cita, y no habían pasado cinco minutos de mi llegada, cuando el mismo Villarreal, dándome un golpe en el hombro, me dijo:

—*Siga mis pasos.*

Caminamos a lo largo del Paseo de la Reforma y al llegar a la altura de la Columna de la Independencia, se detuvo, me invitó a tomar asiento en una banca y con la mayor tranquilidad, recomenzó la historia de su vida.

Cuando algún paseante se acercaba al lugar en donde nos encontrábamos, Villarreal levantaba la voz y empezaba a hablarme de la salud de sus supuestos familiares.

Dos veces más nos vimos en el mismo paseo; en una ocasión, a no muy lejana distancia de donde se encuentran las oficinas del Partido Nacional Revolucionario. Yo no dejaba de admirar la serenidad del perseguido, ya que, siendo tan conocido como es, podría haber sido identificado por alguno de los tantos paseantes.

Las rupturas en el constitucionalismo

UN INCIDENTE

Una de aquellas noches, no dejé de temer por la suerte de Villarreal. Me había dado cita en las cercanías de la estatua a Cuauhtémoc. Llegada la hora, el ex candidato no apareció. Pasó media hora y cada minuto estando yo más inquieto, empecé a caminar con rumbo a Chapultepec. Una cuadra delante de la avenida de los Insurgentes, y siempre sobre la Reforma vi que más de cien agentes rodeaban un automóvil. Ya entre el grupo de curiosos supe que una mujer había sido atropellada por el auto; que acababa de ser recogida, en estado comatoso por una ambulancia. El chofer del auto que había atropellado a la mujer, daba explicaciones a la policía de cómo había sido el accidente.

—*El señor que venía en el coche vio que yo no fui el culpable; pero ya ven ustedes que se “peló” sin pagarme la cuenta* —clamaba el chofer.

Me alejé del lugar del atropellamiento; crucé el arroyo y tomando la acera opuesta, continué caminando; pero no había dado unos cuantos pasos, cuando escuché que me llamaban por mi nombre. Me detuve, y mi sorpresa fue grande al descubrir que quien me llamaba era el general Villarreal.

El general me refirió entonces que él era la persona que viajaba en el coche que había atropellado a la mujer; que al ver caer a ésta en el pavimento y al detenerse el auto, había saltado por la portezuela opuesta al lugar donde había caído la víctima y hacia el cual se dirigieron violentamente varias personas; que habían cruzado la calle paso a paso, y que si no había ido en defensa del chofer ni había pagado la cuenta, se debía al temor de verse identificado por algún curioso, o por la policía. Le invité a que nos alejáramos del lugar; pero vacilaba, temiendo por la suerte del chofer, a quien consideraba irresponsable del atropellamiento; pero al fin, convino en que camináramos.

LA AVENTURA DE PERALVILLO

Hacía dos o tres semanas que casi diariamente Villarreal me platicaba su vida, cuando me hizo notar que no avanzábamos en el trabajo. Así era en realidad. Me indicó entonces que al día siguiente nos veríamos en una céntrica calle a la una de la mañana.

Llegó Villarreal al lugar de la cita a la una en punto, a bordo de un automóvil de alquiler, al que me hizo subir, y dio órdenes al chofer para que nos

llevara por el rumbo de Peralvillo. Descendimos frente a un cafetín. No sin sorpresa le pregunte si allí íbamos a trabajar, y al recibir una respuesta afirmativa, le indique que a mi juicio se trataba de una verdadera locura. Villarreal sonrió y mirándome fijamente cuando traspasamos la puerta del cafetín, pareció querer adivinar si yo tenía miedo.

Ocupamos una mesita en el fondo del cafetín, en el que solamente se encontraban unos cuantos parroquianos. Nos sirvió una modesta mesera y entre sorbo y sorbo de café, continuó su narración. Yo escribía, pero no por ello dejé de darme cuenta de que la muchacha que nos había servido no nos perdía de vista. Así se lo hice notar al general; pero éste, tranquilamente, me contestó:

—*Es que le habrá gustado usted a esta joven.*

Trabajamos más de una hora. La muchacha nos seguía viendo con insistencia, hasta que al fin, vi que se acercaba a nuestra mesa y dirigiéndose a Villarreal, le dijo:

—*¿Le sirvo alguna otra cosa, general?*

Villarreal levantó la vista, y sonriente preguntó:

—*¿Por qué me llama usted general?*

La muchacha, sin titubear, sonriendo también y hablando muy bajo, insistió:

—*¿No es usted el general Villarreal?*

Yo creí que el general daría un salto y saldría casi huyendo del cafetín; pero volvió a sonreír, movió la cabeza dirigiéndose a la mesera pidió que le sirviera otra taza de café.

—*¡Vámonos en el acto!* —le propuse.

—*¿Para qué?* —me contestó— *¿Cree usted que esta muchacha sea capaz de denunciarme?*

Y permanecimos en el cafetín hasta cerca de las cuatro de la mañana, cuando ya todos los parroquianos habían salido y el propietario había cerrado la puerta.

Pretendía el general que continuáramos trabajando en los cafetines de barrio; pero me opuse terminantemente. Aquello estaba bien para un hombre sereno, valiente hasta la temeridad, como el general Villarreal; pero para mí, tales actos de audacia no hacían otra cosa que agotarme el sistema nervioso. Empecé a temer las entrevistas, y estuve varias veces a punto de renunciar a escribir para los lectores de los *Periódicos Lozano*, la vida del eterno rebelde.

Las rupturas en el constitucionalismo

Así se lo dije al general, quien seguramente compadeciéndome, me ofreció alquilar una habitación en una casa de huéspedes, en donde podríamos terminar el trabajo sin los peligros que se habían corrido.

Fue en el modesto cuarto de una casa de huéspedes en las cercanías de la jefatura de policía donde el general Villarreal terminó de dictarme sus memorias.

UNA ACLARACIÓN

Una cosa importante que he pasado por alto. Una y muchas veces el general me dijo:

—Temo que este trabajo no resulte tan completo como quisiera. Tengo mala memoria; difícilmente recuerdo los nombres de quienes lucharon a mi lado; no recuerdo las fechas ni los principales acontecimientos. Es una lástima que no tenga a la mano la documentación necesaria para aclarar algunos hechos.

Y ante la creencia de que sus trabajos resultarían incompletos, el general estuvo a punto de suspender su narración en varias ocasiones; pero el interés con el que le seguía, le animó a terminar la tarea.

Creo que hemos necesitado más de seis meses para llegar al fin. Al fin, he dicho, y todavía siento la satisfacción que me embargó cuando el mismo Villarreal me dijo:

—Ponga la palabra final.

Y para terminar esta introducción a los recuerdos del general Villarreal, he de dar una explicación a los lectores: No he escrito todo lo anterior con el objeto de que se conozcan los esfuerzos del periodista, sino para dar a conocer lo que es y cómo es el hombre de cuya vida se habla en los capítulos que he escrito, y el primero de los cuales aparecerá en *La Opinión* el próximo domingo.

La Opinión, Los Ángeles, California, domingo 10 de noviembre de 1935, año x, número 56, pp. 1, 5 y 6.